

**Título: El pañuelo de Pilar**

**Seudónimo: Neblinosa Dueñas**

Los campos de trigo sin segar. O segados a medias, como la obra de un dios perezoso. Duele verlo. Pilar sabe bien lo que eso significa. Lloverá, volverán la escarcha y la niebla, y la espiga se vencerá por el peso de los meses. A menos que regrese Andrés y termine lo que empezó. Ni siquiera llevan un año casados. No es justo. Piensa decírselo en cuanto lo vea:

- No puedes dejar la faena así, Andrés.

Pero ella sabe que no ha sido culpa de su marido. Lo subieron a un camión, lo alistaron a la fuerza junto a los otros, cuando las noticias que venían de la capital eran un incendio que empezaba a saltar las montañas del valle. Hay guerra en la ciudad, habían dicho algunos ya una semana antes. Bajaban del tren con las maletas rebozadas de ceniza y persignándose sin esperanza, huyendo de un horizonte que de pronto era un libro de historia que se abre al azar y ahora la imaginación se llenaba de uniformes y de caballos rotos.

Al principio, Andrés no parecía preocupado. Pasaré, todo pasará, decía. Nada hay más urgente que el pan que promete tanto sudor sobre la trilla. Pero un domingo lo subieron a un camión. Hubo pocas explicaciones, acaso la sugerencia de que su sacrificio serviría a cierta idea del mundo y daría lustre a una bandera. Pilar apenas tuvo tiempo de entregarle un pañuelo con las letras iniciales de su nombre y una rosa bordada en hilo rojo que se erizaba inofensiva sobre la tela. A esa bandera tendría que abrazarse Andrés en la trinchera. A partir de entonces, solo cuatro cartas que llegaban siempre manchadas de tierra parda y hostil. La última incluía el absurdo de tener que vigilar al enemigo desde la orilla de un pantano, justo a donde ahora se dirige Pilar a suplicarle a Andrés que vuelva y acabe de segar la mies antes de que el invierno la derrote y la pudra.

El tren que la lleva junto a otras mujeres al lugar en el que al parecer se demora la batalla de Andrés bordea los campos donde desde hace semanas faltan los braceros. El descuido de la siega es la imagen de una traición o una huida, como si el ejército de hombres calcinados por el sol del cereal se hubiera batido en retirada. Pero no es justo. Los subieron al camión. Ni siquiera pudieron ofrecer resistencia. Esto va pensando Pilar, despierta a duras penas, mecida por el espectáculo del peine del lebeche en las espigas y el cabeceo del tren sobre las vías. Cada poco se hace un alto, tal vez para que la máquina recobre el aliento y las viudas se acostumbren al miedo que crece con la ruta. Eso piensa Pilar: viudas. Mujeres de guerreros sin ardor que murieron un poco al irse con la leva. Nada volverá a ser como antes. Pero qué importa. Importa el día de hoy, tragado al fin por un horizonte de óxido y de malos agujeros. El viento se ha ausentado, pero todas ellas saben que volverá.

El amanecer las recibe sin embargo en una hermosa vega, entre almendros y olivos. El tren se ha detenido por sorpresa y ahora han de hacer a pie el resto del camino, en un silencio sombrío y gobernado por un militar de rango que responde por la autoridad que las ha traído aquí. Hasta su columna taciturna llegan pronto las primeras voces de los soldados, que ya las esperan: una tropa, fruncida como el terreno, que busca el abrazo de sus mujeres con los aspavientos de los cuerpos que se necesitan.

Andrés: no está.

Pilar pregunta al oficial. Tal vez esté de guardia, le responde éste. Entre las rocas. Hay que esperar. Pilar se retira entonces a la sombra de una higuera silvestre, donde zumban las avispas. Se sienta a esperar, pero qué. El resto del día lo pasará de súplica en súplica, llorando sin querer, sin poder evitarlo, zarandeada de acá para allá por la lógica singular de los cuarteles, donde siempre hay urgencias que ayudan a ocultar la realidad. Un recluta ha

fingido querer echarle una mano para encontrar a Andrés, pero sólo deseaba tomarla por la cintura y bailar con ella. Pilar ha sentido la tentación de aullar el nombre de su marido, como un lobo con hambre.

Pronto muere el día, rueda la noche y se encienden las primeras hogueras. Pilar ha regresado a su árbol, ha apoyado su cabeza en el tronco y ha cerrado las piernas para protegerse de las alimañas y del viento, que ha regresado soplando con el descaro de su fatalidad. Como en sueños, con los ojos entornados y quemados por las últimas lágrimas, ha entrevisto siluetas que podían ser Andrés, voces que lo imitaban. Pero nunca es él. Hasta que Pilar ha reconocido el pañuelo. Las nítidas iniciales de su nombre. En el cuello de un miliciano que se cimbreaba sobre una fogata cercana. Pilar se ha puesto en pie, ha apretado el paso, ha cerrado la boca para contener el corazón en la garganta, ha tocado el hombro del soldado:

- Andrés...

Ha visto la rosa. Sangrando en sus espinas. Una sangre genuina, seca ya, de un segador que yacerá ahora en una tumba sin nombre, quizá en el fondo del pantano: Andrés.

El soldado desconocido la ha mirado, sin curiosidad, con el cansancio de la derrota. Pilar no ha tenido fuerzas para preguntarle por qué tenía ese pañuelo. Sencillamente se ha vuelto y se ha sentado en cuclillas bajo la higuera. Se ha acariciado entonces el vientre, fértil, apenas hinchado todavía. Y ha hablado, como si Andrés estuviera de repente ahí, junto a ella, o en cierto modo en aquello que crece en su interior:

- No puedes dejar la faena así, marido.

FIN